

CHINCHÓN, UNIVERSAL

Chinchón ha logrado en estos últimos años que su nombre figure en los itinerarios turísticos. Hay que señalar que esta importancia súbita no se debe, como tantas veces, al poder de la letra impresa o del arte pictórico, sino a la tauro-maquia.

En Chinchón no ha nacido ningún torero, al menos que se sepa, y por ello su fama no se debe a esta feliz circunstancia, como acontece con Ronda, por ser cuna de Pedro Romero. Tampoco la universalidad de Chinchón le viene por un suceso trágico, como a Talavera de la Reina o Linares, donde Joselito y Manolete —dos semi-dioses del toreo— encontraron la muerte.

El nombre de Chinchón salta a las guías de turismo como consecuencia de un sentimiento caritativo. Y no se crea que hacia la villa, que goza de prosperidades múltiples, sino que hacia un asilo de ancianos, a quienes se pretendía llevar la televisión, pongamos por caso.

Este sentimiento caritativo se debe a Julio Aparicio, que desde hace más de diez años organiza un festival taurino en Chinchón, formando el cartel, cada año, con los nombres más atractivos del momento.

Las faenas que se ejecutan allí ante los toros, con la capa o con la muleta, tampoco han sido esenciales para que el nombre de la villa de Chinchón trascienda.

Los toreros, con Julio Aparicio a la cabeza, han abierto el camino turístico de la villa de Chinchón. Sus coches, con la espuerta de los capotes y el botijo en la azotea de la baca, arrastran tras de sí centenares de espectadores, entre los que se cuentan madrileños, suecos, ingleses, norteamericanos y hasta algún chino que otro.

Luego, al llegar a la villa de Chinchón, el visitante abre los ojos a la maravilla de su conjunto urbano. Quiere llevarse en su máquina fotográfica aquel panorama encendido en color, como si se tratase de una decoración teatral realizada en papel, que pudiese descolgarse y ser plegada hasta meterla en la maleta.

El atractivo urbano de la villa de Chinchón, para quien no haya estado allí, es inimaginable. No hay expresión exacta, ni la herramienta literaria es suficiente para poner en relieve sobre el reducido espacio de una cuartilla la inmensidad de su panorama.

La gran plaza tiene forma irregular, y en torno a ella las casas forman amplio anfiteatro con balconadas de madera. La tarde de la fiesta taurina, estas galerías están adornadas con la bandera nacional, y otras, con colchas o tapices populares.

En su mayor parte, las casas se sustentan sobre porches de piedra o de madera.

El graderío se levanta dentro de este anfiteatro urbano para que puedan presenciar el festejo taurino aquellos que no han logrado encontrar un sitio en las galerías. Estas aparecen cargadas de color, como la paleta de Roberto Domingo en una tarde de toros en Castilla. Las mujeres de Chinchón, con claveles prendidos en el pelo o pañuelos de seda al cuello, se acodan en las galerías; los hombres aprietan el cuero de la bota, por cuya boquilla salta hasta la boca un chorro de limonada.

Hace algún tiempo, las cámaras cinematográficas llegaron a Chinchón para rodar en technicolor esta plaza incomparable. Se trataba de llevar a la pantalla la novela de Julio Verne «La vuelta al mundo en ochenta días», y Cantinflas hizo un viaje a Chinchón, y en su plaza toreó con Dominguín un becerro. Desde entonces, Chinchón empezó a «dar vueltas al

mundo», y aún sigue dándolas, porque la película sigue proyectándose en Madrid, en Teherán y seguramente en la más apartada aldea de China.

A la historia de Chinchón están ligados los condes del mismo nombre desde 1505, en que fundaron el mayorazgo de Chinchón. Quince años después, el rey Carlos V concede el primer título de conde de Chinchón a don Fernando de Cabrera y Bobadilla. En el siglo XVIII, el cuarto conde de Chinchón es virrey del Perú, y su nombre trasciende también por ser quien introduce la quinina en España.

Dicen los historiadores que en 1738 el condado fué vendido a un hijo de Felipe V y de doña Isabel de Farnesio, concretamente al infante don Felipe de Borbón. Veintitrés años después, pasa a su hermano don Luis. Sería largo de explicar cómo el título pasa más tarde a doña María Teresa, hija del infante-arzobispo don Luis, que casa con don Manuel Godoy, príncipe de la Paz. Los condes de Chinchón tienen un castillo en las inmediaciones de la villa, y a la condesa la pinta Goya un retrato admirable. También pinta otro, religioso, que representa la Asunción de la Virgen, y que está colocado en el altar mayor del templo parroquial de Chinchón.

¿Cuál es la vinculación del pintor de la corte de Carlos IV con la villa de Chinchón?, nos preguntamos.

Un historiador nos responde que la noche del 25 de diciembre de 1809 fué saqueada la ciudad por el ejército francés, incendiando casas de la villa y la primitiva iglesia parroquial. Parece cierto que al reconstruirse el templo, un clérigo, llamado don Camilo, hermano de Goya, influyó en éste para que realizase la obra con destino al altar mayor.

Y no abandonemos las recordaciones históricas sin mencionar antes la llamada Casa de las Cadenas, que sirvió de alojamiento al rey don Felipe V en el año de 1731.

La oficina del turismo español reparte en todo el mundo, entre otros, un magnífico cartel en el que se reproduce a todo color el anfiteatro urbano de la villa de Chinchón. En la Quinta Avenida de Nueva York hemos visto este cartel presidiendo el escaparate de una gran librería y sala de arte.

Por muchas cosas, Chinchón ha resultado una villa universal.

Marino GOMEZ-SANTOS

"Pueblo"

Dic. 1962.

(Art. enviado por la Diputación Provincial de Madrid)